

UN ADIÓS QUE NO ES ADIÓS AL PARAÍSO DE HOJALATA

¿Qué añadir de tantos episodios olvidados, odiscretamente callados, de aquel paraíso de hojalata teóricamente irrecuperable, pero presente día a día en mis pensamientos, y al que he tributado el homenaje más insignificante de los muchos que indudablemente le debía?.

¿Cómo remediar la omisión de algunos juguetes del paraíso que todavía no están conmigo, pero que cualquier día pueden aparecer en mi estantería y abrir otra vez la compuerta del recuerdo, de las evocaciones, de la novelación espontánea y disparatada de sus personajes?.

Desgraciadamente, los humanos somos así, limitaditos (ya lo he dicho antes), incapaces de captar y de transmitir el fabuloso haz de sensaciones que el contacto con nuestro pasado -y mis juguetes de hojalata son testigos de que lo viví- nos sugiere. Llego así al final de estas páginas con un cierto regustillo amargo porque si bien cuando, entre bromas y veras, me puse a escribir los primeros folios no esperaba acertar a recomponer algunos mosaicos de lo vivido hasta ahora, después de haber llegado hasta aquí siento no haber profundizado un poco más, para poder ofrecer una visión mía -¡con lo escaso que es uno!- y, a través de mi lente de basto cristal, del mundo que me hizo, el mismo en definitiva de muchos de los audaces que hayan leído mis palabras hasta aquí.

Perdón pues, mis queridos juguetes de hojalata, por no haber hablado más de vosotros, que tanto tendréis que contar de miserias y goces de quienes os tuvieron en sus manos. Perdón también a todos los juguetes que no contáis en las páginas pasadas. El alma vuestra es siempre la misma, y reunís los mismos méritos que mis juguetes de hojalata para figurar en este album de recuerdos (claro, que también hay chicas de las que uno guarda fotos y otras de las que no, y las que uno conserva son las de las chicas buenas, las dulces, las sensibles, las más hermosas, y mis juguetes de hojalata son como estas últimas chicas. ¿Cómo iba a dejarles fuera del album?. De figurar algunos, tenían que ser ellos, ¿no?). Perdón igualmente a mi auténtico yo, al que debió ser y no fue capaz de aflorar; y al que es, y por indudable vergüenza, timidez o mal entendido sentido del pudor, no he dejado hablar como tal vez quisiera.

Pero perdón, sobre todo, a ti, incauto lector. ¿Te importaba algo mi paraíso de hojalata?. No lo sé. Tal vez sí, tal vez no. ¿O será que el tuyo fue de porcelana, o de madera, o de caucho?. Buerto, qué más da. Todas las infancias y todos los juguetes están emparentados. Si de alguna manera te has sentido identificado con los destellos de estos mis fuegos de artificio evocadores, estarás de acuerdo en que es preciso a toda costa mirar atrás y adelante, para recordar y tratar de reconstruir aquel paraíso - de hojalata o de lo que fuera - que tuvimos que abandonar con el maldito estigma de los pelos en el pubis.